



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11879

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 17 DE JUNIO DE 1901

COMISIONES 30230

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS
 AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.
 37 AÑOS DE EXISTENCIA
 SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.
 Subscripción en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Cabales 15.

ACTITUD SOSPECHOSA

Vuelve otra vez la prensa catalana, ó mejor dicho la barcelonesa, á tratar la cuestión del concierto económico.

Ante el anuncio de que se van á arrendar las contribuciones de dicha provincia y temiendo á la investigación y á sus consecuencias, que son malas—hay que confesarlo—se hiergue y amenaza, haciendo responsable al Gobierno del que ocurrir pueda sino se concede el concierto económico.

Con ese motivo se vuelve á hablar de la industria catalana; del desarrollo que allí tienen el comercio, la industria y de todo lo que se suele hablar en Barcelona para establecer la diferencia que hay entre los hijos de allá y de acá del Ebro.

Tiene razón la prensa de la capital del Principado: los catalanes son activos, trabajadores, más trabajadores que el resto de los habitantes de España; el record de las iniciativas ellos lo establecen en nuestro país; ellos lo son todo, comerciantes experimentados, industriales prudentes, negociantes de inteligencia suma que les pone al abrigo de toda torpeza.

Nosotros en cambio nada somos; ni trabajadores, ni comerciantes, ni industriales, nada en fin de todo cuanto necesitaríamos ser para poner al resto de España al nivel que se encuentra Cataluña.

Pero no siendo nada—concedemos el supuesto en grado absoluto como lo que más puede convenir

á los que nos echan en cara esos defectos, que son para los que tan mal nos tratan, flones explotables que jamás se agotan; somos consumidores de esa industria de que tanto se engríen y á la cual favorecen los gobiernos levantando barrera infranqueable para que no podamos adquirir en buenas condiciones económicas los productos de la industria extranjera.

¿Qué sería de la industria catalana si hubiera competencia? ¿Qué sería sobre todo si hubiera que competir con la industria de España fuertemente protegida por una tarifa aduanera inferior á la nuestra?

El ejemplo lo tienen en Cuba y Filipinas. Mientras fueron de España esas colonias las explotaron sin competencia alguna; ahora que se han perdido, no por culpa de nadie sino por satisfacer los egoísmos de los que nos hacen responsables de su pérdida, se ha agotado el filón.

Cuando Dios quiere perder á un pueblo ciega á sus gobernantes, ó sus directores y los que allentan el movimiento rebelde en Cataluña padecen ceguera. La inteligencia de que hacen alarde está atrofiada. Si no lo estuviera serían los primeros en predicar la unidad de la patria en vez de amenazarla.

Pedir los conciertos económicos como regla para cubrir los gastos del Estado sería mejor ó peor, pero no constituiría una ley de privilegio como la que patrocinan los catalanistas y los que amparando se de esa aspiración para hacernos miedo se manifiestan resueltos á todo sino se les concede.

No creemos que prosperen las ansias catalanas. Si prosperaran habría que confesar que entre las provincias españolas las había mayores y menores, aquéllas casi emancipadas y éstas sujetas en todo á la patria potestad. Y eso no puede ser.

DESAPARICIÓN DE INGLATERRA

Un nuevo motivo de preocupación tienen en la actualidad los ingleses. Estos hombres, que siempre andan basando probreros de cabeza, advierten que se hallan amenazados de un gran peligro. «Inglaterra—dicen—está llamada á desaparecer.»

Pero no crean ustedes que es que se propongan desentenderse sobre ella las iras de todas las naciones, hárrase de sufrir su intolerable tiranía. No son los hombres quienes acaban con la Gran Bretaña. Es la naturaleza la que aniquila destruida. Inglaterra desaparece «barrida»—así dice la revista de donde traducimos esta nota—por el mar. La nación que ha pretendido dominar á las aguas, va á sufrir las represalias naturales. Hasta el mar se ha cansado de la dominación inglesa y arremete furioso contra la costa del Yorkshire, demoliéndola desde Spurn Head á Whirby, comiéndola á pedruzcos, erroyéndola en grandes proporciones.

Cada año que transcurre, las olas al acometer la extensa línea del condado de York, se llevan cinco pies de terreno costero.

Entre Bridlington y la costa de Humbert, el mar ha conquistado en cuarenta y tres años una faja, que mide noventa metros de anchura, de territorio inglés.

El condado de York pierde anualmente treinta acres de tierra. El puerto de Ravenspur, donde desembarcó Enrique IV, ya no existe hace mucho tiempo. El mar se apoderó de él, como de las poblaciones de Auburn, Hartburn, Hyde, Oythorus y Kilnsea, las dos últimas reconstruidas recientemente más lejos del mar.

No es sólo el condado de York el que va perdiendo terreno de las olas, sino que

también le sucede lo propio á la isla de Sheppey.

La iglesia de Minster, situada ahora en la costa hallábase antes en medio de la isla. Los habitantes actuales han visto al mar comerse 300 metros de terreno.

Una cosa pareciera ocurrir en Norfolk, donde los habitantes de la costa que habían huido al interior, se ven ahora amenazados por el mar, que les persigue, obligándolos á internarse para no ser víctimas de su furia.

El pueblo de Reculver es otro ejemplo de la incesante marcha del Océano.

La iglesia, que hace años estaba á un cuarto de legua de la costa, se encuentra ahora al borde del agua.

Dunwich, que era una ciudad próspera con doce iglesias, sólo posee actualmente una.

Las otras once y parte de la población fueron devoradas por el mar.

En Gales y en Lancashire, las aguas arrebatan anualmente ocho pies de costa.

En la de Escocia, Mathers fué destruido, y en Irlanda el mar persigue la presa con igual topón que en el resto de las islas británicas.

En Scarborough ha habido necesidad de levantar apresuradamente un muro de piedra que ha costado 500.000 duros, para impedir que las olas invadan los fuertes.

Todo lo que antecede será expuesto á las Cámaras, «á fin de que se adopten medidas conducentes á combatir al mar».

Los propios ingleses dudarán de la victoria.

Emancipación hullera

La sobretasa de un chelín acordada muy recientemente por el Parlamento británico por cada tonelada de hulla exportada de Inglaterra, ha producido entre los ingleses una agitación que no lleva trazas de ceder.

Dos bandos se han formado con este motivo; los pertenecientes al mundo marítimo y comercial se muestran en general adversarios de la sobretasa, que á su juicio perturbará y restringirá la exportación de hulla inglesa en los momentos en que la concurrencia alemana se muestra cada vez más vigorosa.

Hacen notar que no obstante que las minas, en otro tiempo florecientes, se exponían

ahora sin rendir beneficios, la nueva sobre-tasa determinará la suspensión de los trabajos, que una vez abandonados no volverán, por infinidad de causas, á ser reanudados.

Este bando está igualmente bajo la impresión de que si eso ocurre los carboneros ingleses experimentarán una depreciación grande, de la que no se podrán reponer nunca.

En efecto, antes nada había osado emplear otro carbón que el inglés, procedente de las mejores minas, para las pruebas de un buque de guerra ó de un vapor mercante, y todas las marinas de guerra, así como las grandes compañías de navegación, eran para el combustible tributarias de la Gran Bretaña, mientras que ahora se ha reconocido que muchas hullas extranjeras dan muy excelentes resultados para dichas experiencias, y que las marinas militares y mercantes de diversos países las emplean ya y han concluido por preferirlas á las de Inglaterra.

Así el Pocahontas americano, semiblimoso, sin humo, ha adquirido una notoriedad que aumenta de día en día, siendo empleado por la marina de los Estados Unidos y las grandes compañías de navegación inglesas Cunard y Withe Star desde hace 10 años.

Las hullas del Colorado y del Kentucky no le son muy inferiores, y por lo que hace á las carboneras francesas del Norte, Pas-de-Calais y Loire están á la altura de las inglesas.

Nuestras astilleros están á buena altura, y están por lo menos al nivel de las francesas y alemanas, que son tan buenas como el carbón escocés.

Se advierte una tendencia de emancipación hullera, que si no se interrumpe dará bien pronto al traste con los carboneros ingleses.

Los transatlánticos alemanes no quemar ya en sus calderas otro carbón que el alemán.

En sus mezclas la marina francesa sólo emplea una pequeña proporción de carbón inglés y las flotas alemana, rusa y americana consumen ya el combustible respectivamente nacional.

Si á todo esto se agrega que las tarifas de transporte por vía férrea se han elevado en Inglaterra hasta el extremo de que una tonelada cuesta por cada cien kilómetros recorridos, tanto como en los Estados Unidos por ochocientos, se comprenderá que

les notaron enseguida y con motivo del cual no le casaron las bromas.

Poco antes de comer, el segundo capitán, Kraut, relevado de su servicio en el baluarte, vino á unirse á la reducida sociedad. Rubio, guapo mozo, vivo, poseedor de bigotes rojos y patillas de igual color, hablaba el ruso perfectamente, pero con excesiva coacción y elegancia para un ruso de pura sangre. Tan irreprochable en el servicio como en la vida privada, la perfección era su defecto: excelente compañero; de seguridad á prueba en los asuntos de intereses, faltábale algo como hombre, precisamente porque lo poseía todo. Por un contraste notable con los alemanes idealistas de Alemania era, á ejemplo de los alemanes rusos, práctico en grado exorbitante.

—¡Hé aquí, hé aquí á nuestro héroe!—exclamó el capitán en el momento en que entraba Kraut accionando y haciendo chocar sus espuelas.—¿Qué quiere usted, Federico Cristianovitch, té ó aguardiente?

—Me he mandado hacer té—respondió;—pero no rehúsare el aguardiente, mientras lo hacen, para consolarme el espíritu.—Me alegro mucho de conocerlo. Le ruego que nos quiera y sea un buen compañero para nosotros—dijo á Volodia, que se había levantado para saludarle.—Capitán de segunda Kraut. Me han dicho que llegó usted anoche.

—Permítame V. que le dé las gracias por su cama, que he utilizado esta noche.

—¿Y ha dormido usted siquiera cómodamente? Porque le falta una pata, y no es posible componerla mientras dure el sitio.

—Y bien, ¿ha salido usted bien hoy?—le preguntó Dedenko.

—¡Sí, gracias á Dios! Pero Skovortzoff ha caído. Hubo que arreglar una cureña; las gualderas quedaron hechas añicos...

Y se levantó de pronto para pasear por la estancia: veíase que experimentaba la sensación agradable del hombre que acaba de salir sano y salvo de un gran peligro.

—Y bien, Dimitri Gravitovitch—dijo dando una palmada amistosa sobre la rodilla del capitán—¿cómo estamos, batushka? ¿Por dónde anda su propuesta? ¿No ha resollado aún?

—No; hay nada.

—Y no habrá—intervino Dedenko—ya se lo he demostrado.

—¿Por qué no resultará nada?

—Porque la comunicación está mal puesta.

—¿Qué sempiterno disculador!—dijo Kraut jovialmente.—¡Un verdadero ruso—menor testarudo! Buen

promiso; se lo he dicho al capitán. No tengo ni caballo ni dinero hasta que reciba los gastos de forraje y de marcha. Quisiera pedir al comandante de la batería que me prestase su caballo, pero temo que rehusé.

—¿Quiere usted pedirselo á Apolo Sergueitch?—dijo Kraut, emitiendo con los labios un sonido, que debía expresar la duda. Y se quedó mirando al capitán.

—¡Buena, buena!—repuso éste. ¡Si rehusa el mal no será mucho! A decir verdad, maldita la falta que hace aquí el caballo; yo me encargo de pedirselo hoy mismo.

—¡No lo conoce V.!—añadió por su parte Dedenko—rehusaría cualquiera otra cosa; pero no le negaré eso al señor, ¿qué apuesta usted?

—¡Bah! Usted siempre está dispuesto á contradecir... V...

—Contradigo cuando hay por qué. El no es un bicho de suya, pero prestará el caballo, porque no tiene ninguna intención en rehúsarlo.

—¿Cómo ningún interés? Cuando la avena le sale aquí á ocho rublos; es evidente que, interés; siempre será un caballo menos que alimentar.

—¡Vladimir Semenovitch!—interrumpió Viang,